



El tiempo de la angustia.

El tiempo es un objeto real muy difícil de circunscribir. Sin embargo, podemos considerar que caracteriza el modo de ser de un sujeto; el tiempo nace y desaparece con él. En el psicoanálisis vemos que el tiempo condiciona para cada uno la gestión de su deseo. Por eso podemos considerar el tiempo como una de las presentaciones del objeto *a*.

El propio Lacan lo sugirió varias veces en su seminario. Considerar el tiempo como un objeto *a* nos lleva a distinguirlo del objeto que nos falta. Claro es que cuando tenemos la impresión de que no tenemos tiempo, ese objeto parece ser un objeto que se nos escapa, nunca tendremos suficientemente tiempo. Pero que el tiempo nos falte, es buena señal. Puede ser signo de estrés, pero no signo de angustia. Con Lacan, consideramos la angustia como señal de la inminencia de un objeto suplementario que podría aparecer en lugar de la falta.

En un momento de trastorno, el tiempo puede aparecer no como un objeto que falta, sino como un objeto que sobra.

De eso Emil Cioran nos dio varios testimonios. Describe en sus cuadernos momentos insoportables en los que tomaba cuenta del tiempo que invadía todo el espacio de su conciencia, un tiempo que se eternizaba y él concluía que: «*El infierno es tal vez sólo la conciencia del tiempo*». Cioran describe su primer brote melancólico como enfrentamiento con el tiempo como objeto real que trastorna cualquier proyecto de vida. Su pasado se confunde con el presente que se eterniza, robándole la posibilidad de disfrutar del momento presente y su futuro se atrofia.

Sólo queda lo real del tiempo que se impone. Si no somos todos acosados por ese surgimiento de lo real del tiempo, es porque ese objeto real suele ser atrapado en las mallas de nuestra realidad psíquica, la cual teje, al estilo borromeo, las tres “ek-stasis” del tiempo como decía Heidegger, o sea: lo real del presente, lo simbólico del pasado y lo imaginario del futuro. Nuestra realidad conlleva esa trinidad del espacio que nos atormenta pero que tiene la ventaja de encarcelar ese objeto real que luego puede desempeñar su función sin molestarnos demasiado.

¿Cuáles, son, fuera de la melancolía, las señales del surgimiento de ese objeto inoportuno?

Hay lo que llaman hoy día el ataque de pánico. Lo que lo caracteriza es que una vez que aparece, el sujeto teme que se reproduzca. ¿Cuál es la naturaleza de ese futuro temido? Es la definición misma de la angustia: la espera ansiosa. Claro es que, en este momento de angustia, el paciente sólo puede imaginar el futuro como el regreso implacable de algo siniestro que sucedió en condiciones de tiempo y de espacio similares. Esas marcas espaciotemporales a algunos les permiten enmarcar la angustia, encerrándola en el nudo de una fobia. Es como si el fóbico lograra contrarrestar el retorno del pasado en el presente, asociándolo con una marca geográfica que simplemente tiene que evitar. Examinemos de cerca ese desorden del tiempo subjetivo en la angustia.

El futuro del sujeto angustiado se reduce al miedo al retorno del pasado. Luego no es el futuro es el miedo a que el pasado se vuelva presente. En el momento del ataque de pánico el futuro ni siquiera es concebible. El paciente no puede decirse a sí mismo: "esperemos que pase." Cuando puede decirse, es porque la crisis está pasando. Imaginar un futuro es ya un signo de solución, es como imaginar el final del túnel.

En cuanto al presente, queda invadido por la angustia que ocupa todo el espacio y aísla al sujeto del presente que le rodea. Sólo está presente en su angustia, que le enfrenta al retorno de algo que se repite idénticamente, es decir, que no lleva marca de tiempo. Es un falso pasado porque es precisamente un tiempo que no ha pasado, y que el sujeto experimenta como presente. Normalmente uno puede evocar el pasado como memoria en el presente. Es lo que San Agustín

XII CITA DE LA INTERNACIONAL
DE LOS FOROS
VIII ENCUENTRO INTERNACIONAL DE LA
ESCUELA DE PSICOANÁLISIS DE LOS FOROS
DEL CAMPO LACANIANO

1 - 5 MAYO 2024

ANGUSTIA

¿CÓMO
HACERLA
HABLAR?

EPTCL

MAISON DE LA CHIMIE
28 BIS RUE SAINT-DOMINIQUE
75007 PARIS - FRANCE

llamaba el “presente del pasado”. Pero la memoria no pone el pasado en continuidad con el presente. No es sino el decir de una enunciación en el presente lo que puede hablar del pasado. En cambio, en el ataque de pánico, así como en la memoria traumática, el sujeto vive la experiencia del pasado dentro de su presente, el tiempo parece suspendido en una suerte de presente que parece sin límite. De hecho, es bastante llamativo ver el esfuerzo que hace el sujeto angustiado para recuperar el sentido del paso del tiempo o sea la flecha del tiempo que se nota, al mínimo, en el hecho de que va desde la causa hacia el efecto. La persona angustiaada intenta desesperadamente encontrar una causa para su angustia. Cabe decir que la causalidad responde a un principio ineludible de temporalidad, que determina que la causa preceda al efecto. Sin embargo, por el artificio del lenguaje, la causa puede aparecer sólo después del efecto. Una causa que no tuvo efecto inmediato puede ser despertada por una segunda causa que se unirá a ella por medio de una asociación significativa. Es el proceso del après-coup que conlleva una modalidad temporal peculiar que es el futuro perfecto. Es un truco que nos permiten nuestras lenguas latinas y que reorganiza el nudo del tiempo, conectando directamente el futuro con el pasado. Esta significación après-coup puede ser traumática, aunque no se refiere a nada real en el presente. Es un puro efecto del discurso que tiene la función de vincular un efecto a una causa.

La angustia se manifiesta como discontinuidad en el flujo del tiempo. Testimonia de una hiancia entre una causa y su efecto. En su principio, la interpretación freudiana intenta colmar esa hiancia con el sentido, puesto que el sentido liga el efecto con su causa. Pero a ese nivel cualquier cosa puede dar sentido y la sexualidad más particularmente. Por eso una interpretación no tiene por qué ser correcta para funcionar, basta con que surta efecto para amarrar la causa que se había quedado a la deriva. Sin embargo "no es porque el sentido de su interpretación surtió efecto que los analistas están en la verdad" escribía Lacan en su prefacio a la edición alemana de los Escritos. La verdad no debe ser la preocupación esencial del analista. Pero él bien ha de saber que la angustia no engaña. Por eso él tiene que estar atento a su surgimiento en el proceso de la cura.

Si la angustia es el motor principal del trabajo analítico, no aparece en primer plano porque esta tapada por los síntomas o por la inhibición. Sin embargo, mi experiencia clínica me enseñó que el analizante da un paso importante cuando él puede decir su angustia. Lacan lo señaló en su seminario sobre la angustia. “*Lo que habría que enseñarle al neurótico a dar, es algo que él no puede imaginar, es justamente su angustia.*” Y sigue añadiendo que “*el neurótico no dará su angustia. Pero de ella da el equivalente porque empieza dando un poco de su síntoma.*”¹ Cuando Lacan dice que el neurótico no dará su angustia, tal vez nos da a entender que el psicótico sí la dará. Efectivamente el psicótico no retrocede en hablar de su angustia, porque hablar de su locura no le da miedo. Mientras que al neurótico no le gusta hablar de la locura de la que la angustia le hace signo. Esa angustia que tendríamos que enseñarle a dar es algo más que la angustia de castración que no es sino un modo de tratar la angustia fundamental señal del acercamiento del objeto real. En la cura el momento de ese acercamiento anuncia el fin de la suposición de saber, dado que le resulta claro al analizante que él es el único en poder decir algo sobre ese objeto que la transferencia le reveló que él es, que él ha sido y que él habrá sido. Este tiempo de la angustia al final de la cura debe animarlo a que elabore las últimas partes del saber que quiere adquirir. Entonces es cuando el analista puede proporcionarle la satisfacción de reconocerlo como estando al final del recorrido.

B.Nomine Mars 2024.

¹ Lacan séminaire l'angoisse séance du 5 décembre 1962 édition française du seuil p . 65